

ginaos los clubistas idos del club pequeño al club padre, después de haber comentado las noticias cada vez más terribles de aquellos días tempestuosos, y asistido á las sesiones cada vez más incendiarias de aquella Constituyente y aquella Legislativa, excitadas por hechos inevitables hasta la demencia y candentes hasta el rojo cereza en los hornos de la revolución universal; cargado de ideas fulminantes el aire, y estremecido al paso de las legiones el suelo; todos los sistemas filosóficos y todas las herejías religiosas, que han pasado por la humanidad, queriendo cristalizarse por su propia virtud en aquellos crisoles abiertos como vorágines de volcanes; y decidme luego si hombres como Danton y Robespierre, no pertenecen por su atavismo á los siglos pasados y por su finalidad á los siglos futuros, puesto que trastornan todo el planeta, y cambian en el espacio de cauce ó de dirección la revuelta corriente del eterno río de los tiempos. Muchos crímenes en ellos y muchas tristezas en nosotros. Pero comparad los tiempos que les precedieron con los tiempos que les siguen, la esclavitud con la libertad. Yo, siempre que quiero explicarme las grandes tristezas de nuestra vida; excusar los errores, los males por una piedad semejante á la que atribuían los místicos españoles al Cristo del Evangelio, «quien brilla más por su misericordia que por su justicia», yo me recuerdo el *Prometeo* de Esquilo, y el *Edipo* de Sóocles, y el libro de Job, y el *Hamlet* de Shakespeare, y el *Mágico* de Calderón para evadirme del duelo de todas las cosas que suele contrastar mis optimistas confianzas en el humano adelante y no anegarme jamás en el océano de lágrimas que derraman todos los seres cada cual desde su limitación respectiva, conformándome con la parte de servidumbre irremediable impuesta por la mecánica celeste á mi fuerza de voluntad y con la parte de ignorancia invencible impuesta por el misterio religioso á la fuerza de mi razón, igualmente mudos el cielo y el sepulcro, que hablaron en otros días mejores; por la cual conformidad creo en la virtud que me mostraron mis padres, en la religión de mi cuna, en la libertad humana de mi credo, en la democracia de mis esfuerzos, en la República de mis sueños, en el progreso, especie de misteriosa escala, por cuyos dos lados aletean los ángeles del cielo y los demonios del infierno, conducidos desde la nada insondable y el silencio interrumpible al santuario del Dios cristiano donde resplandecen á una con su luz de la luz, el Verbo revelador, y con su vida de la vida, el Espíritu vivificante.

Pero nos habíamos divertido de nuestro capital objeto. Volvamos á Robespierre. Sus enemigos le llamaron el grande hombre más pequeño de Francia. Y parece imposible; si era el más pequeño por su estatura, ó material, ó intelectual, ó moral, también era el más humillado y modesto. A Danton y á Mirabeau naturalezas oratorias, gustábanles más las ostentaciones que las realidades del gobierno; á Robespierre más las realidades que las apariencias. Pareciase á Loyola en esto, quien después de haber formado la milicia más poderosa del mundo, y alzándose á general suyo, hacía la cocina ó limpiaba el común de su Orden. La timidez hacia que, al principiar sus arengas, Robespierre perdiera la luz de

sus ojos como un deslumbrado y balbucease largo tiempo como un tartamudo en vértigo largo. De aquí provenía su desconfianza del mundo, de un sentimiento de desconfianza respecto á sí mismo, que no podía superar. Sabiendo como no dominaba las gentes por su inteligencia, quiso dominarlas por su moral. Mirabeau y Danton podían permitírsele todo, pues uno y otro eran hombres de genio; Robespierre necesitaba, por falta de genio, dominar por sus virtudes; y entre todas las virtudes, por una, en política de soberano influjo, por la paciencia. No blandía el rayo como Mirabeau. No contaba con sublimes arranques á lo Danton. El cálculo de un matemático, el raciocinio de un argumentador, el disimulo de un hipócrita, el silencio de un cartujo, la frialdad impasible de un cirujano que corta en carnes vivas por donde le parece bien; hé ahí Robespierre. De los obstáculos encontrados en su complexión fisiológica y en su carácter moral para la oratoria, proviene también la irritación de su agria palabra, como de la fuerza que advierte en los demás y de la debilidad que en sí mismo advierte á su vez, proviene la irritación de su iracundo carácter. No le oía el Congreso Constituyente, y se arregló un Congreso para que le oyera el club jacobino. Aquello que no podía decir en la Constituyente y por la Constituyente, dirálo fuera de la Constituyente y contra la Constituyente. Se le reían y le ridiculizaban. Al énfasis suyo, tan ajeno del idioma francés, oponían los diputados la burla, con el carácter francés congénita. Sin embargo, se había empeñado en dos cosas igualmente imposibles para él á los comienzos de su carrera; en alcanzar los efectos de la elocuencia y en hacer la tribuna un peldaño para su elevación á la dictadura, con que soñara siempre. Toda su filosofía, en Rousseau aprendida, le sugirió esta doctrina: el espíritu popular estaba en él, y dominando al pueblo, no era un tirano y un déspota él, no, era todo un pueblo dominándose á sí mismo, aunque para ello hubiera de seguir los medios seguidos por sus dominadores y por sus tiranos. Jamás el sarcasmo persiguió á ningún hombre como persiguiera en los tiempos revolucionarios á este hombre sarcástico. Llamaban á Mirabeau antorcha de Provenza, y candelera de Arras á Robespierre. Algunos realistas clásicos, cual Rivarol, y algunos académicos revolucionarios, cual Chamfort, advertían sus desacatos á la gramática. Los galicismos, desterrados, decía el segundo, por los señores de Port-Royal han vuelto: estaban agachapados, esperando la revolución, decía el primero. Será Robespierre muy amigo de la nación, pero es muy enemigo de la lengua. Exclamaban sus críticos. Escribía con pesadez. Y los clásicos le solían decir estos apotegmas: quien escribe mal, es porque piensa todavía peor que escribe. Sus primeras tentativas de orador fueron acompañadas de fracasos. No le llamaba Dios por el camino de la elocuencia. Frio como la helada muerte, rígido como la estatua muda, sobrio de frase como el geómetra cuando hablaba, más dado al silogismo que al discurso; razonando como la máquina inventada por los escolásticos; sin calor comunicativo; sin imaginación creadora; fiscalizador árido; recluyéndose dentro de sí mismo y á sí mismo entregándose, con lo cual ayudaba

él á la naturaleza, empeñada en impedirle por todos los medios la oratoria; el hombre aquel callado, conciso, astuto, inquieto por dentro é impasible por fuera, grave hasta la insufrible adustez, cuando cogía un auditorio que le toleraba sus ojos fijos, sus labios inmóviles, su dejo pedante, su voz agria, su gusto pésimo, su tono uniforme, no se cansaba nunca de adoctrinarle, y le decía un discurso, eterno por sus dimensiones, en sus palabras difuso, pero corto de mérito y escaso de ideas: que aquel orador había perdido el primer éther á que la oratoria nace, brilla, irradia el calor de la vida, sin el cual no pueden las ideas generarse y luego difundirse en este nuestro mundo. Sin embargo, de él mejor que de Barnave, debió decir Mirabeau: «no habla mal, pero carece de ángel.» «Y dice todo lo que cree, y cree todo lo que dice.»

Robespierre había nacido en Arras. Esta ciudad, indudablemente de origen romano, padeció mucho en las irrupciones bárbaras, y llegó á constituir un feudalismo teocrático, el cual prestó una tan grande austeridad y tristeza, como la que supo imprimir ella en su hijo más famoso. Cayó la ciudad unas veces en poder del duque de Borgoña, y otras veces en poder del Rey de Francia. Entre los Monarcas, sus dominadores, la Historia encuentra á Luis XI, quien hizo tanto para salvarla del borgoñón y á Francia restituir-la y en Francia conservarla, como había de hacer más tarde, y con esfuerzos análogos, para salvar la unidad francesa fundada por los Reyes el retórico dictador de la escuela jacobina Luis XI y Robespierre aseméjase mucho. Uno y otro se quitaron, para prosperar las sendas obras políticas suyas, del alma la conciencia, como quien se quita del rostro los ojos. El uno creyó que todo cuanto de malo hiciera se ocultaba en la unidad monárquica de su patria; y el otro en la unidad republicana. Cualquier medio conducente á estos fines parecía bueno en el ánimo y conciencia de los dos por sus resultados, aunque fuera perverso y pésimo en su esencia. No les habléis de justicia, sino de victoria. Los pueblos primitivos ofrecían á sus dioses víctimas, sin que nadie llegase á escandalizarse; ofrecían-las ellos en aras de la corona ó en aras de la dictadura, por su patria y por su gente, á quienes hacían felices por su voluntad, atrofiando las conciencias. Robespierre sacrificó Reyes á este fin y también Luis XI. ¿Qué más daba segar testas unguadas y con diadema por destruir la base del feudalismo á segarlas por destruir la cumbre? Unos creían á Robespierre originario de las municipalidades brabanzonas, y otros de los clanes irlandeses. Lo mismo daba: tribus insurrectas las unas, ó agitadas por sus derechos; tribus agitadas las otras, en pugna eterna con dominadores insufribles. La revuelta sistemática estaba en su hereditaria sangre. Una tribu tuvo mártires, cual Egmont, y la otra héroes, cual O'Connell. Muchas gentes aún le dan mayor genealogía de revolucionario y de regicida. Dicen que fué abuelo suyo el regicida célebre llamado Damiens, ó deudo atávico. De Arras originario este criminal dementísimo, se había expatriado á Brabante, huyendo de la justicia, tras una falta más ó menos grave; y puesta pronto en olvido su pista, se volvió á París. Agitaban

los ánimos, cuando volvió á mediados de la pasada centuria, los temas de la célebre discusión empeñada entre la Iglesia galicana y los ultramontanos. La Bula *Unigénitus*, cuyos apotegmas aún se discuten hoy, considerada como un *Syllabus* del siglo último, acaloró los ánimos de suerte que Damiens entró en la grande agitación, y, poseído por ella, creyó que no había defendido con empeño bastante las regalías de su corona con los fueros de su patria Luis XV, y le metió un puñal por la espalda. No murió el Rey á la herida; mas descuartizaron al asesino. Uno de los crímenes mayores del antiguo régimen fué la pena de infamia, cayendo sobre la familia inocente del criminal, perdida y deshonrada para siempre. Los hermanos del regicida tuvieron que huir, expulsadas sus personas de Francia, confiscados sus bienes, reducidas á polvo y sembradas de sal sus casas, maldecidos sus nombres. Y los hermanos de Damiens, para burlar el castigo, se borraron lo que tenían con el regicida de común, se borraron su heredero cognomen, su apellido, y, llamándose Robest ó Robert el uno, y Pedro el otro, Pierre, soldaron ambos nombres; para con la soldadura formar este resultante: la palabra Robespierre, transmitida luego á sus hijos; palabra que llevó Robespierre de distintivo, por haberlo engendrado el mayor de aquella familia. No acabaron las irregularidades aquí. La mujer y el hombre, á quienes debió la vida el dictador, tardaron mucho á obtener el consentimiento de sus padres para la boda, y, habiéndose casado, por fin, en Enero de mil setecientos cincuenta y ocho, hubieron á Maximiliano, el primogénito, por la florida primavera, en pleno Mayo. Mucho debían murmurarle y zaherirle por todos estos cuentos de vecindad, más ó menos fundados en bases exactas ó en inverosimilitudes novelescas; lo cierto es que Robespierre comenzó la vida fulminando anatemas en oración larga, como suya, sobre la bárbara legislación, que imputaba parte de la responsabilidad criminal á la familia inocente.

Agente de negocios fué su padre; y como agente de negocios, tuvo comercio material y comercio intelectual con la ciudad, en que no sabemos á ciencia cierta si naciera, ó si casara y se domiciliase, teniendo, como tuvo, allí sus hijos. Lo que sabemos á ciencia cierta es la moralidad y virtud severas de aquel padre, su vivo amor en el matrimonio; su desesperación al malogro de la mujer amada, cuando era todavía muy joven la pobre; su fuga y desaparición al día siguiente de la viudez sin curarse nada de los hijos, yéndose á donde nunca se volviese á decir ni á saber de él cosa ninguna. Y nada se dijo ni supo. Los cuatro séres, por él engendrados, permanecieron allí, faltos de él, como grandes expósitos, al amparo de la ciudad. Modelo de maridos, no fué modelo de padres. Abandonó, cruel, su nido y sus polluelos, más feroz que las fieras. Mayor tranquilidad granjeara el cuitadísimo á los manes de la mujer cuidando los hijos, que yéndose por el mundo errante. Hay mucho de fatalidad hereditaria en toda esta persona de Robespierre, cuyo poder moral y cuya influencia política pesan á una, con pesadumbre secular, todavía sobre nuestras espaldas. El pueblo donde naciera, fué un pueblo feudal, y feudal teocrático, separado en

dos feudos: el uno, adscrito al prelado de la diócesis; el otro, adscrito al prior de San-Wats; batalladores entre sí durante toda la Edad Media, y mantenidos en paz, al nacer y criarse Robespierre, por virtud del derecho divino, traspasado de los Papas á los Reyes, y mantenido en el vínculo y mayorazgo de una dinastía perdurable. Su parte mayor, la parte ciudadana, perteneció á los obispos, sustentados por los Reyes de Francia; su parte menor, la parte villana, como decimos nosotros de los adscritos al campo y á las pequeñas poblaciones, perteneció á los abades, protegidos por los condes de Flandes; y así la caracterizaba una iglesia matriz importante con un palacio episcopal grande; un monasterio enorme, con dependencias extensas; la muralla para el combate perpetuo con las torres del homenaje servil; y, entre todo esto, una casa de la ciudad hermosa, mostrando cómo el abolengo trabazón de Arras habíale conservado algo de franquicias populares, consistentes en hereditarias costumbres, unidas á industrias prósperas, consistentes en blondas y tapices. Robespierre era el hijo de la ciudad como nadie, puesto que, huérfano de madre, muerta la infeliz cuando tenía él siete años, huérfano de padre, fugitivo, al día siguiente de morir la madre, no le quedaba más vida que la prestada por aquella colectividad, ni pudo tener otra educación que la ofrecida por aquellos ciudadanos, estando así unido desde sus primeros días, no con el hogar suyo, con el hogar de todos; no con la vida doméstica, con la vida pública; con instituciones y poderes, grandes entidades, en cuyo seno había de hallar abrigo, y á cuyo seno había de acercarse, por el instinto soberano de propia conservación. A su prelado tan poderoso, á su abad tan rico, á su muralla tan fuerte, á su municipio tan secular, á su industria tan útil. Arras unía, teocracia y feudal, audiencia de antiguo régimen, donde tronaban muchos jueces y abogados en perpetuo litigio. Robespierre se crió en la calle de Relatores. Así, tuvo de la magistratura el carácter suspicaz, y de la Iglesia el carácter argumentador. Iglesia y convento pasaban la vida en silogismos; audiencias y magistrados en pleito. Así el hábito de argumentar como un seminarista en el Congreso, y de distinguir y aguzar las cuestiones como un leguleyo, habíalo tomado de su pueblo Robespierre. Tal hombre parecía un raciocinio abstracto, que vistió carne y tuvo hueso por equivocación, no habiéndolos menester para nada. Y he aquí también el tronco de la cualidad más característica en su complexión fría, correcta, regulada como una máquina, la insensibilidad. Esta insensibilidad le permite desasirse sin duelo de los amigos más amados; perseguir implacable, con delaciones de inquisidor, á las glorias más ilustres; saber, sin dolerse, ni siquiera inmutarse por ello, cómo han ido hermosas mujeres, en la flor de sus vidas y en la primavera de sus amores, enviadas por un fruncimiento de cejas suyo al patíbulo; soñar con un Pontificado metafísico sobre las inteligencias, y con una dictadura cesarista sobre las voluntades, como pudiera ejercerla cualquier desalmado autócrata. Sin padre ni madre, ya podéis explicároslo todo. El padre nutre y educa la voluntad; nutre y educa el sentimiento la madre. Despiértase la razón incipiente al contacto

de otra razón superior, como la del padre respecto del hijo; y edúcase la imaginación incipiente al fuego y al resplandor de otra imaginación más creadora, como respecto del hijo la de su madre. Canta entre los ruiseñores el macho, entre los hombres canta la hembra. Para la ciencia, para el combate, para el oficio público y privado, para suplir con su experiencia madura la inexperiencia infantil ó juvenil, el padre; para la vida, para el amor, para la caridad, para el arte, para el hogar, la madre, siempre la madre. Ambos á dos, la pareja indisoluble con destino á perpetuar las generaciones, el padre y la madre, sirven para equilibrar las facultades y hacer armoniosa la vida. En los hombres, educados sin madre, la razón y la voluntad se sobreponen á todas las demás facultades; en los hombres educados sin padre, la fantasía y el sentimiento. ¿Qué había de ser el jacobino Robespierre sin padre, ni madre? Un egoísmo servido por una envidia.

Y el sello de la educación colectiva se le conoce durante toda su historia. Como ha ido en su infancia y en sus mocedades, razonando desde su calle de Relatores á las escuelas, desde las escuelas á los monasterios, desde los monasterios á los escritorios, y luego razonando al entrar en años, desde los escritorios á los colegios, desde los colegios á las magistraturas, desde las magistraturas á los Parlamentos, desde los Parlamentos á los jacobinos, desde los jacobinos á la Convención, desde la Convención á la dictadura; parecía que los sitios donde se criaba iban leyéndole implacables la buena ventura, el horóscopo, el destino; con aquellas palabras misteriosas de los oráculos antiguos, indescifrables por el entendimiento, inadmisibles á la conciencia, pero realizadas por los hechos. Inquisidor, escolástico, regicida, con puntas y ribetes, así de calvinismo implacable como de jesuitismo astuto; en cada sitio donde se arañaba, la mano misteriosa é invisible del destino férreo, escribía con letras y números nefastos, las fórmulas horribles del destino ciego. ¡Horóscopo espantoso! Perteneció á una familia y á una ciudad de regicidas. Luego tuvo un apellido enlazado con regicida leyenda. Se crió sobre feudos, en que habían guerreado reyes contra condes y condes contra reyes y reyes y condes contra pueblos y pueblos y condes contra reyes. Este feudo, Arras, perteneció á España dos siglos, en los tiempos de la Inquisición; y entró temporalmente dentro de Francia por Luis XI, como entró en definitiva por Luis XIV, teniendo así en su genealogía política, los grandes predecesores de Robespierre, Luis XI, Felipe II, Richelieu, Luis XIV, como fueron de Robespierre hijos todos los Bonapartes, desde aquel grande que reinó en Francia, Napoleón I, hasta el último, el tercer Napoleón, que asombró nuestra infancia con su letal sombra y detuvo el progreso con sus conjuraciones, sus golpes de Estado, sus dictaduras á lo Robespierre, quien desde una ciudad escolástica, pasó á un colegio de jesuitas, donde había explicado, quizás leído, como se dijera entonces, Mariana, el grande apóstol de los regicidas; y desde un colegio de jesuitas, ya expulsados, es verdad, pero donde, como en el tonel viejo, quedaba madre jesuítica sobre las paredes, á un convento de jacobinos, quienes dejaron en poder de los revolucionarios el